

trasladó al Real Alcázar para dirigir y vigilar la organización de las damas que habían sido elegidas para servir a María Luisa de Orleans. Es importante recalcar que, desde el primer momento, la situación de la nueva camarera se vio condicionada por el futuro político de don Juan José de Austria. Iniciándose septiembre, eran muchos los que preveían una segura caída del hermano del rey y esto, precisamente, tuvo consecuencias en el cuarto de la futura reina. El embajador francés, marqués de Villars, informaba a París sobre desplantes e insubordinaciones que la duquesa de Terranova se vio obligada a atajar, precisamente porque algunas damas se negaban a ser «la main de Don Juan»¹⁴. Además, la fecha de la partida, por los innumerables contratiempos que se originaban, no dejaba de retrasarse. Y a lo anterior se le sumaba también que todavía se esperaba el correo que daba aviso de que se habían celebrado los desposorios en Fontainebleau y la consorte estaba ya en camino¹⁵. Finalmente, la casa al completo partió de palacio el 26 de septiembre de 1679. Una semana después se le uniría la caballeriza de la reina, dirigida por el duque de Osuna.

Desde el primer momento, la convivencia entre los miembros españoles de la casa y el grupo de franceses que acompañaban a María Luisa desde Fontainebleau fue tensa y complicada. La duquesa de Terranova, una mujer ya mayor y demasiado imbuida en su rigidez natural, no aprobaba algunas conductas que se estaban dando en el entorno de la nueva reina. Mientras residían en el palacio que se les había habilitado en Irún, «usan [las criadas francesas] de gran llaneza y estos días se entraban hasta donde estaba la camarera mayor y se sentaban junto a ella y escudriñaban los trajes de España con notable atención y cuidado»¹⁶. En otras ocasiones, la Terranova contemplaba impotente cómo se violaba el ceremonial que se seguía en las comidas y cenas, hasta el punto de que era imposible servir la vianda, porque algunos criados bailaban y cantaban alrededor de la reina. Esta difícil convivencia iba a llegar prácticamente intacta a Madrid, donde María Luisa debía adaptarse a unos estilos y usos que no se vivían de igual modo en la corte de Francia, o por lo menos jamás fueron tan rígidos siendo ella princesa de Orleans¹⁷.

Desde el principio, la duquesa de Terranova actuó con firmeza para que se cumpliera el estricto protocolo que se esperaba de cualquier reina Habsburgo. Ya en Burgos, donde se produjo el primer encuentro oficial entre Carlos y María Luisa, la camarera mayor informó al rey sobre el hecho de que la reina «était une personne jeune et vive, élevée dans les manières libres de France, entièrement opposées à la sévérité d'Espagne»¹⁸. Cuestiones como la hora de levantarse, las actividades y conversaciones que tenían lugar en el cuarto de la reina o el acceso a su persona pasaban siempre por

¹⁴ Archive du Ministère des Affaires Étrangères [en adelante AMAE], Correspondance Politique, Espagne, vol. 64, f. 80v. 7 de agosto de 1679.

¹⁵ ASF, Mediceo del Principato, Spagna, filze 4982. 2 de agosto de 1679.

¹⁶ Biblioteca Nacional de España [en adelante BNE], ms. 7862, Relación de la jornada que se hizo desde el 26 de septiembre año de 1679 hasta el 24 de noviembre, y sucesos de las entregas de la Reina María Luisa de Orleans, f. 21.

¹⁷ Sobre el modelo de reina que debía asumir María Luisa de Orleans desde su llegada a Madrid véase María del Carmen Simón Palmer, “El silencio en la Casa de la Reina”, *Lectora: revista de dones i textualitat*, 13 (2007): 45-60.

¹⁸ Villars, *Mémoires de la Cour*, 63.

ella, pues, si bien era el marqués de Astorga, como mayordomo mayor, quien gestionaba los principales asuntos relacionados con la casa, la camarera mayor se reservaba el espacio de la cámara y el gobierno de las damas y criadas que allí servían¹⁹. Por ejemplo, cuando Carlos y María Luisa llegaron a Madrid y se instalaron en el palacio del Buen Retiro para preparar la futura entrada pública de la reina, la Terranova negó reiteradamente el acceso al cuarto a la embajadora francesa. Solamente con el permiso expreso de Carlos se permitió a la marquesa de Villars que, siempre de incógnito, hiciese visitas frecuentes a la joven reina. Asimismo, cuando María Luisa intentó visitar en su habitación a la marquesa de los Balbases, que había pedido audiencia privada antes de la entrada oficial, la Terranova «prit la reine par le bras et la fit entrer dans sa chambre»²⁰, cosa que sorprendió a todo el servicio francés. Por otro lado, la camarera mayor solía reprender a su señora en un intento desesperado por aclimatarla más rápidamente a los usos y costumbres que se esperaban de ella. Hasta tal punto llegaba su temor a contrariarla que, en presencia de su camarera mayor, la reina evitaba hablar en francés, utilizando un castellano que todavía no dominaba²¹. En este sentido, el embajador francés estaba convencido de que la Terranova intentaba presentar al rey una imagen negativa de su esposa para conseguir que este la forzase a adaptarse más rápido: «la camarera contribue à le maintenir [al rey] dans cette férocité»²².

Durante sus primeras semanas residiendo en Madrid, María Luisa asumió una actitud cauta y tímida frente a la nueva familia que la acogía. Sin hablar prácticamente el idioma, pese a que lo iba aprendiendo muy rápido, aquella joven actuó con relativa prudencia, de tal modo que los embajadores coincidían en que no parecía tener intención alguna de utilizar aquel poder informal que otras de sus antecesoras habían explotado²³. Esto, en parte, tiene bastante sentido, teniendo en cuenta que había vivido toda su vida sin recibir una instrucción política que pudiera prepararla para la corte que iba a convertirse en su hogar. Su padre, el duque Felipe, jamás había sido un hombre con aspiraciones políticas serias²⁴, algo que su hermano tampoco le hubiera permitido, además de que los Orleans vivían con relativa independencia, residiendo en sus propios palacios y participando de las grandes fiestas y ceremonias en las que era indispensable su presencia como miembros de la familia real. Sin embargo, conforme pasaban las semanas, la joven reina fue ganando confianza y seguridad. De tal modo que empezó a asumir poco a poco una actitud mucho más independiente y quizás molesta para su camarera. Y esto se hizo más palpable en su propio cuarto.

¹⁹ Borgognoni, “The Royal Household”, 174.

²⁰ Marie Girault de Bellefonds de Villars, *Lettres de Madame de Villars, de Coulanges, et de la Fayette, de Ninon de Lenclos, et de Mademoiselle Aissé* (Paris : imp. Léopold Collin, 1895), 17.

²¹ John Dunlop, *Memoirs of Spain during the reigns of Philip IV and Charles II. From 1621 to 1700* (Edinburgh: Thomas Clark, 1934), 175.

²² AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 64, f. 282. 22 de febrero de 1680.

²³ M.^a Victoria López-Cordón Cortezo, “Las mujeres en la vida de Carlos II”, en *Carlos II. El rey y su entorno cortesano*, coord. por Luis Ribot (Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica, 2009), 109-140, 124.

²⁴ Elisabetta Lurgo, *Philippe d'Orléans : Frère de Louis XIV* (Paris: Perrin Éditions, 2018), 51.

Los galanteos eran una práctica de sobra conocida en el Real Alcázar²⁵. Incluso en tiempos de la regencia, con el negro del luto regio inundándolo todo, el mayordomo mayor de Mariana de Austria la había informado de los encuentros indecorosos que se producían entre jóvenes nobles y damas de la corte²⁶. Aunque estos no pasaban muchas veces de palabras y miradas furtivas, o de notas que se hacían llegar, eran siempre severamente condenados y perseguidos. Pues bien, la llegada de una reina de diecisiete años y la consecuente incorporación de damas igual o más jóvenes que ella volvió a incrementar estos galanteos. A pesar de que la duquesa de Terranova intentó atajarlos con extrema dureza, se tenían noticias de que la propia reina participaba indirectamente en estos juegos²⁷. De modo que la única, o por lo menos la más interesada en atajar aquella conducta, era la anciana duquesa de Terranova.

En esta difícil convivencia que se respiraba en el cuarto de la reina, se produjo un incidente que iba a ser señalado por algunos sectores de la historiografía como el responsable de acelerar en gran parte la futura sustitución de la camarera mayor²⁸. Al parecer, las camaristas de María Luisa, participando del odio general que despertaba la Terranova entre el servicio doméstico, buscaban maneras de burlarse de ella. Por ejemplo, enseñaron a dos cotorras de la reina para que, siempre que la Terranova entraba en el cuarto, comenzaran a lanzar sonidos inarticulados muy molestos. En una de aquellas ocasiones, regresando María Luisa de su paseo rutinario con Carlos, se encontró a uno de los pájaros muerto en el suelo. Cuando se le informó de que la responsable de todo aquello había sido su camarera mayor, no solo la reprendió con dureza, sino que le propinó una bofetada. Supuestamente, aquello marcó un punto de inflexión que abriría el camino para su futuro despido. De hecho, Maura decía que fue la propia María Luisa quien, en verano de 1680, resolvió «plantear la cuestión en términos definitivos. Es el pleito más peliagudo de lo que ella supone»²⁹. Sin embargo, la situación era bien distinta, pues hacía meses que se estaba decidiendo la sustitución de la duquesa de Terranova. Y todo ello por motivaciones que iban mucho más allá de los intereses de la propia reina.

²⁵ Véase Elisa García Prieto, ««Donde ay damas, ay amores». Relaciones ilícitas en la corte de Felipe II: el caso de don Gonzalo Chacón y doña Luisa de Castro», *Studia Historica. Historia Moderna*, 37 (2015): 153-181.

²⁶ AGP, Administración General, leg. 698.

²⁷ Duque de Maura, *Vida y reinado de Carlos II* (Madrid: Aguilar, 1990), 257.

²⁸ El duque de Maura fue uno de los primeros que refirió el incidente, seguramente siguiendo la biografía de Sophie Gay, que tampoco ofrece información sobre la procedencia documental de dicho asunto. Sophie Gay, *Histoire de Marie-Louise d'Orléans* (Paris: Dumont editeur, 1842), vol. II, 90. Por otro lado, M.^a Victoria López-Cordón decía en su estudio sobre las dos esposas de Carlos II que «por un altercado con la nueva reina, perdió su puesto», López-Cordón Cortezo, «Las mujeres en la vida de Carlos II», 123. En su tesis doctoral, Laura Oliván también habla de dicho incidente, aunque ya dotaba a Mariana de Austria de un papel protagonista en el cese de la camarera mayor. Laura Oliván Santaliestra, «Mariana de Austria en la encrucijada política del siglo XVII» (Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2006), 409.

²⁹ Maura, *Vida y reinado de Carlos II*, 281.

EL PUESTO DE CAMARERA MAYOR EN EL PUNTO DE MIRA: CANDIDATAS E INTERESES POLÍTICOS

A principios de 1680, eran muy pocos los que querían a la duquesa de Terranova en palacio. La elección de una camarera mayor nunca se limitaba a las virtudes y digna estirpe de la candidata, habiendo otros intereses detrás que se tenían también muy en cuenta. De hecho, el problema que tuvo siempre la Terranova con respecto a sus antecesoras era que su promotor había muerto antes de que ella asumiese sus funciones. Juan José de Austria fue siempre el principal interesado en colocarla allí, en gran medida como un favor que devolvía a su familia por los apoyos que le habían ofrecido en su asalto al poder, además de que así introducía a una aliada en un espacio susceptible de futura oposición, como era el cuarto de la reina. Sin embargo, su desaparición en septiembre de 1679 modificó sustancialmente el equilibrio de poderes en la corte³⁰.

Podría decirse que la Terranova iniciaba sus días de camarera mayor prácticamente sola y sin ningún apoyo real, por lo que su caída seguramente se preveía más tarde o más temprano, incluso sin que se hubiesen producido aquellos desencuentros y disputas con María Luisa. A fin de cuentas, el que una reina no se sintiera cómoda con su camarera no era en sí mismo un motivo de peso para despedirla, precisamente porque siempre había intereses que iban más allá de las preferencias de la consorte. Las antecesoras de María Luisa se habían visto forzadas a aceptar como camareras mayores a las candidatas propuestas por los validos³¹. Recordemos el caso de Margarita de Austria, constantemente vigilada, primero, por la duquesa de Lerma y después por la condesa de Lemos³². Y ni aun entonces se había planteado una mudanza en el cuarto de la reina. Por lo tanto, si la duquesa de Terranova fue sustituida, no fue tanto porque torpedeara los caprichos de María Luisa, cosa que también afectó a su futuro en palacio, sino, más bien, porque nadie en la corte tenía intención alguna de respaldarla. Todo lo contrario, su despido podía suponer la entrada en escena de una nueva camarera mayor que trajese beneficios a un grupo de poder específico.

Tras la muerte de don Juan, la Terranova había conseguido sobrellevar su frágil situación, pero muy pronto empezaron a fraguarse cambios que iban a terminar afectando a su privilegiada posición. En primer lugar, Carlos II, un rey de diecisiete años que tenía la oportunidad perfecta para iniciar sus días de gobierno en solitario, empezó a dar muestras de que iba a apoyarse en un valido para gobernar³³. Su infancia

³⁰ Pablo Vázquez Gestal, “La majestad de los sentidos. Teatro, imágenes y performance en la corte de Carlos II”, *Criticón* [En línea], 140 (2020), <http://journals.openedition.org/criticon/18006> (consultado el 13 de abril de 2023).

³¹ Magdalena Sánchez analiza brillantemente el papel que jugaron las camareras mayores de Margarita de Austria en tiempos del valimiento de Lerma. Véase Magdalena S. Sánchez, *The Empress, the Queen and the Nun: Women and Power at the Court of Philip III of Spain* (Baltimore: The John Hopkins University Press, 1998).

³² María Jesús Pérez Martín, *Margarita de Austria, reina de España* (Madrid: Espasa-Calpe, 1961), 98.

³³ Francisco José García Pérez, “La imagen del ministro-favorito en el púlpito regio durante el reinado de Carlos II”, *Tiempos Modernos: revista electrónica de Historia Moderna*, 9/37 (2018). <http://www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/article/view/4190/784>.

bajo la regencia de su madre y los años sometido a la voluntad de don Juan le habían privado de un verdadero aprendizaje político, siendo previsible que más tarde o más temprano se cansase de sujetar todo el peso de la corona en sus solas manos. De hecho, ya se estaban haciendo cábalas en enero de 1680 sobre quién podría ser el nuevo favorito.

Entre los potenciales candidatos que se barajaban, Carlos terminó eligiendo a su sumiller de corps, duque de Medinaceli, siendo, quizás, la opción más lógica y esperada³⁴. Sobre todo, teniendo en cuenta que el duque había ido ganándose el favor del soberano a través de la influencia que ya cosechaba en el cuarto regio³⁵. Ahora Medinaceli reasumía la tradición de la privanza, aunque es cierto que no actuó como sus antecesores. Principalmente porque el modelo de valido se había ido adaptando a las circunstancias, transformándose o, si se quiere ver así, deformándose la imagen tradicional que tenía a inicios del siglo XVII. Tanto Mariana de Austria como don Juan habían ido moldeando aquella figura en función de sus propios intereses: la primera convirtiendo a sus favoritos en peones políticos con los que reforzar su propia autoridad como regente de la monarquía³⁶ y el segundo asumiendo un papel, si no igual, sí muy cercano al que ocupaba el mismísimo rey.

Precisamente porque Medinaceli había ocupado durante demasiado tiempo un lugar en la oposición, sabía mejor que nadie que sus días en el poder estaban contados, además de que una actitud autoritaria y despótica no era, por aquel entonces, la más adecuada para asumir un lugar tan políticamente privilegiado³⁷. Todo lo contrario, inició su ministerio moviéndose con aparente y también fingida fragilidad, sellando pactos con sus oponentes políticos, y lo que es más importante, cuidando en todo momento la amistad de Carlos. De ese modo, el nuevo primer ministro empezó promocionando a sus aliados en los principales puestos de poder político. Cuando el rey nombró cuatro nuevos consejeros de Estado, Medinaceli presionó sutilmente para conseguir que aquella cifra se hiciera extensible a tres candidatos más que iban a ser de su libre elección. Este pequeño triunfo parecía anunciar, según creían muchos, que solo era cuestión de tiempo que Medinaceli se hiciera con el control de todo el consejo: «no se debe hacer caso de los discursos y de las cavilaciones de los ociosos, que el

³⁴ Sobre el ministerio del duque de Medinaceli (1680-1685) y sus redes clientelares véase Juan Sánchez García de la Cruz, “El VIII duque de Medinaceli: ascenso al ministerio y aproximación a sus redes de poder”, en *La nobleza titulada castellana en la conservación del imperio español en tiempos de Carlos II*, ed. por Porfirio Sanz Camañes (Madrid: Sílex, 2023), 33-54.

³⁵ Ya en tiempos de la regencia, precisamente cuando Fernando de Valenzuela abandonó temporalmente la corte, muchos decían que el duque de Medinaceli tenía posibilidades reales de convertirse en valido de un Carlos II que acababa de cumplir su mayoría de edad oficial a los catorce años. Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, “Precedencia ceremonial y dirección del gobierno. El ascenso ministerial de Fernando de Valenzuela en la corte de Carlos II”, en *Vísperas de Sucesión: Europa y la Monarquía de Carlos II*, ed. por Bernardo J. García García y Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño (Madrid: Fundación Carlos de Amberes, 2015), 21-55, 32.

³⁶ Sobre el papel político que desempeñaron Juan Everardo Nithard y Fernando de Valenzuela durante la regencia de Mariana de Austria, véase Silvia Z. Mitchell, *Queen, Mother and Stateswoman: Mariana of Austria and the Government of Spain* (Pennsylvania: Pennsylvania State University Press, 2019).

³⁷ Ludwig Pfandl, *Carlos II* (Madrid: Afrosio Aguado, 1947), 225.

duque primer ministro tiene medios para hacer sus dependientes todos los ministros nuevos de Estado y asegurarse de los que no lo quisieren ser»³⁸.

Al mismo tiempo, utilizó a sus numerosas hijas como peones en una ambiciosa política matrimonial que le permitiera anular a sus opositores. Y empezó por el casi derruido clan juanista, siempre dirigido por los Aragón, y del que procedía la duquesa de Terranova³⁹. Tras la muerte de Juan José, esta familia, que tantos intereses había puesto en el golpe militar de 1677, se hallaba en una situación bastante frágil. Básicamente porque habían muerto dos de sus principales engranajes: el poderoso cardenal Pascual de Aragón y, obviamente, Juan José de Austria. Ni aun entonces tuvo Medinaceli intención alguna de subestimarlos. De modo que lo primero que hizo fue casar a su hija Catalina, de dieciséis años, con don Pedro de Aragón, que pasaba ya de los setenta⁴⁰. Con aquel enlace, los Aragón sellaban sus diferencias con el nuevo favorito y, por extensión, miraban hacia otro lado en lo que se refería a la futura situación de la duquesa de Terranova⁴¹.

Otro grupo de poder que conservaba cierto ascendiente dentro del cuarto del rey y que iba a desempeñar también su papel en la cuestión de la camarera mayor eran los Haro-Silva. Tras la muerte de don Luis de Haro, que había gozado de la confianza de Felipe IV durante las últimas décadas del reinado anterior, sus hijos supieron aprovechar los triunfos cosechados por su padre en beneficio propio. El mayor, marqués del Carpio, se había alzado como nuevo representante de los intereses familiares⁴². Además, la boda de su hermana María con el duque de Pastrana, representante de los Silva, terminó de sellar una alianza entre ambas familias. En 1677, Carpio había sido nombrado embajador español en Roma, con lo que su hermano pequeño, conde consorte de Monterrey, asumió de facto el control de aquella parentela. Después de haber gobernado los Países Bajos españoles durante las guerras contra Francia, Monterrey esperaba grandes recompensas cuando regresó a la corte coincidiendo con la mayoría de edad del rey. Sin embargo, pronto fue marginado de los principales puestos de gobierno, teniendo que conformarse con un oficio de gentilhombre de la cámara. Cuando Medinaceli se convirtió en nuevo primer ministro, no intentó cambiar aquella situación. Todo lo contrario, apuntaló la ausencia del

³⁸ ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, filze 5065. 25 de abril de 1680.

³⁹ En su tesis doctoral, Laura Oliván localizaba ya un «partido» o «bando» juanista integrado por nobles y damas que habían transitado la corte de la regencia, entre los que destacaba, por ejemplo, a los hermanos Pascual y Pedro de Aragón o los duques de Alba y Medina de las Torres. Oliván Santaliestra, «Mariana de Austria en la encrucijada», 107. A su vez, Kalnein señalaba a algunos de los nobles que mayores recompensas iban a recibir del golpe militar de 1677 como el conde de Monterrey o el duque de Híjar. Kalnein, *Juan José de Austria*, 421-422.

⁴⁰ AHN, Órdenes Militares, Casamiento, Santiago, Apend. 125.

⁴¹ Tras su boda con la hija de Medinaceli, don Pedro de Aragón terminaría convenciendo a su pariente, la duquesa de Terranova, para que renunciara al puesto de camarera mayor: «le 26 d'Août, Dom Pedro d'Aragon fut chargé de dire a la Duchesse de Terranova l'état où elle étoit, ce que souhaitoit la Reine, les raisons qui devoient la porter à obéir et à em parler ele même au Roy». Villars, *Mémoires de la Cour*, 206.

⁴² Véase Jorge Fernández-Santos Ortiz-Iribas, ««No minorar la memoria de mis pasados». Apuntes para una biografía política de Gaspar de Haro y Guzmán, marqués del Carpio», *Cuadernos de Historia Moderna*, 45/2 (2020): 689-715.

marqués del Carpio negándole la licencia para regresar a Madrid. Y, en cuanto a Monterrey, no lo tuvo en cuenta al proponer tres nuevos miembros del consejo de Estado. De hecho, se hablaba incluso de que el nuevo primer ministro tenía intención de reducir el número de gentileshombres de la cámara del rey a solamente seis⁴³.

Por todo lo anterior, Monterrey y su círculo empezaron a buscar potenciales aliados entre los miembros de la familia real. Por supuesto, una alianza con Mariana de Austria se veía inviable, teniendo en cuenta que la reina madre no perdonaba a los Haro-Silva su colaboracionismo con don Juan. De hecho, mientras Carlos se hallaba de camino a Burgos para encontrarse con su esposa, Mariana había desairado en público a la duquesa del Infantado, madre de Pastrana: «La Reine mère a donné quelque légère mortification au duc d'Albe, a la duchesse de Pastrane mère et la d'Ognate, qui avait montré un celle indiscrete pour Don Juan»⁴⁴. Solamente le quedaba la nueva reina. Por lo tanto, durante los primeros meses de María Luisa de Orleans en Madrid, los Haro-Silva empezaron a plantar semillas en la mente de aquella joven sin experiencia política para que apoyara sus aspiraciones. Y el primer modo de hacerlo fue presentándole a la anciana duquesa del Infantado como nueva camarera mayor.

Por otro lado, el regreso a la vida pública de Mariana de Austria tuvo también consecuencias importantes en el ambiente político que se respiraba en la corte de Madrid. Eran muchos los que creían que, si había alguien que podía ayudar a Carlos II en su ejercicio del poder, esa era doña Mariana. Ahora que el rey la había rescatado de su destierro toledano, y no tenía intención de volver a separarse de ella, se estaba planteando la idea de que Mariana jugase también un papel importante en la toma de decisiones. De hecho, era tal su influencia sobre Carlos, que seguía «manteniéndose con autoridad en cuanto a los domésticos de la Corte, en los cuales influye, y por este camino hállase frecuentado siempre su real Palacio y mantiene muchos con esperanzas o dependencia sin desengaño»⁴⁵. El nuncio papal, Savo Millini, había mantenido frecuentes reuniones con ella, en las que le aconsejaba que asumiera mayor participación en los asuntos políticos, como un medio no solo de ayudar a su hijo, sino también de limitar las aspiraciones personales del nuevo valido: «il Re li comunica e li confida molto e le cose più importanti, e perché credo da tal prevenzione possi risultarne molto profitto senz' alcun danno per la gran prudenza, bontà e segretezza che ha dita Regina»⁴⁶. Esta misma imagen la confirmaba también el embajador francés: «La Reine mère fait des fois à autre des coups d'autorité. Le Roi catholique la visite quasi tous les matins»⁴⁷. Como puede suponerse, Mariana de Austria también iba a tener algo que decir llegado el caso de que se pusiera sobre la mesa la candidatura de una nueva camarera mayor para su nuera.

Finalmente, había otros personajes que representaban en toda su esencia las dinámicas que iban a vivirse en aquella corte de principios de 1680. A pesar de que

⁴³ Biblioteca Bartomeu March [en adelante BBM], Fondo Savo Millini, vol. 5/2, f. 25v.

⁴⁴ AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 64, f. 169. 29 de octubre de 1679.

⁴⁵ ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, filze 5065. 9 de mayo de 1680.

⁴⁶ Archivio Apostolico Vaticano [en adelante AAV], Descifrati Nunzio alla Segreteria, Spagna, 158, f. 131v.

⁴⁷ AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 64, f. 220. 9 de diciembre de 1679.

gran parte de la historiografía centrada en el reinado de Carlos II rechaza la idea de facciones durante este período, los embajadores de la época sí hablaban en sus despachos de facciones, familias y partidos, llegando incluso a rastrear a sus potenciales integrantes y líderes⁴⁸. El problema de base es que los movimientos cortesanos eran tan rápidos y cambiantes, que es difícil delimitar unas supuestas facciones palaciegas, lo cual no implica realmente que no existiesen⁴⁹. Algunos de estos personajes, como el almirante de Castilla, el conde de Oropesa, el condestable de Castilla o el duque de Alba, todos ellos moviéndose en función de las circunstancias y sus intereses, también representarían su papel indirectamente en la cuestión de la camarera mayor de la reina. De ese modo, podría decirse que toda la corte tuvo los ojos puestos en la gran cuestión que pobló el primer semestre de 1680, y que suponía colocar en el cuarto de María Luisa a una poderosa aliada, que no solo iba a controlar uno de los oficios domésticos de mayor renombre en la casa de la reina, sino que tendría acceso directo a su señora, con todo lo que aquello podía suponer.

La idea de despedir a la duquesa de Terranova empezó a escucharse ya a principios de 1680. María Luisa de Orleans parecía la primera interesada en sustituir a su camarera mayor por varias razones. En primer lugar, ya hemos visto que la rigidez natural de la Terranova chocaba de bruces con la actitud infantil y poco dada a la etiqueta española que mostraba aquella joven de diecisiete años. Por otro lado, la duquesa manifestaba cierto desprecio a los criados franceses de la reina, en especial a las camaristas que servían en su cuarto⁵⁰. El marqués de Villars registró en sus memorias la aversión que le producía todo lo relacionado con Francia, sentimiento que intentaba contagiar al rey: «Elle avoit imprimé dans l'esprit du Roi une extrême haine pour ce qui avoit le nom et la moindre apparence de François»⁵¹. De hecho, Carlos II ordenó el despido de numerosos criados durante los primeros meses de matrimonio, lo que pudo incrementar todavía más los recelos de la reina hacia la Terranova. Todo lo anterior motivó un primer intento de María Luisa para cesar a su camarera mayor.

⁴⁸ El diplomático florentino, abad Carlo Ridolfi, localizó en sus despachos a algunos de los principales nombres que integraban estos supuestos «partidos», como él mismo los denominaba. Cuando Medinaceli se convirtió oficialmente en primer ministro, vigiló de cerca a un grupo de presión que se iba formando alrededor del conde de Oropesa, uno de los nobles más apreciados por el rey: «y con Velez, su primo, vuelto de Nápoles, en la Cámara del Rey con Montalto y los Toledos amanuenses y el duque de Alba, habrá en Palacio partido considerable contra éb». Asimismo, la familia de los Haro-Silva actuó coordinadamente en sus aspiraciones para conseguir alcanzar el valimiento: «de las cuales se hace cabeza visible el conde de Monterrey, el duque de Pastrana y muchos otros gentileshombres de la cámara del rey». ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, f. 5065. 15 de agosto de 1680.

⁴⁹ Adolfo Carrasco niega la existencia de facciones en esta época, sino que matiza su naturaleza: «Se trata, en definitiva, de facciones compuestas por la coyuntura, formadas sin argamasa de ningún género, imposibles de identificar por rasgos consistentes, que se organizan y desorganizan continuamente en función de la velocidad de los acontecimientos de la corte». Adolfo Carrasco Martínez, «Los Grandes, el poder y la cultura política de la nobleza en el reinado de Carlos II». *Studia Historica. Historia Moderna*, 20 (1999): 77-136, 116.

⁵⁰ En su correspondencia, la embajadora francesa reconocía que, a pesar de que siempre fue tratada con consideración por parte de la camarera mayor, «madame de Terranova ait une grande aversion pour la France et pour les François». Bellefonds de Villars, *Lettres de Madame de Villars*, 141-142.

⁵¹ Villars, *Mémoires de la Cour*, 148.

En una fecha tan temprana como febrero de 1680, María Luisa tenía ya intención de entrevistarse con la reina madre para confesarle el hastío que le producía la duquesa de Terranova y su deseo de que fuese sustituida: «Elle [María Luisa] a reconnu que son véritable intérêt était de se réunir avec la Reine mère en qui elle a trouvé une amitié tendre pour elle et un secours puissant contre les entreprises de la camarera que l'on ôtera a la première occasion»⁵². Mariana parecía estar enterada de cuanto ocurría en el cuarto de su nuera y todo indica que veía con muy buenos ojos la sustitución de la Terranova. Una prueba de ello la hallamos en su correspondencia privada con su hijastra, la reina María Teresa de Francia. Ese mes de febrero, Mariana le había presentado un cuadro verdaderamente desfavorecedor de la camarera mayor de María Luisa: «esta camarera es terrible y la Reina mi madre dice que no es propia para junto a mi hermana»⁵³. Debe tenerse presente que la Terranova había sido una criatura de don Juan, algo que seguramente era ya suficiente motivo para que la reina madre deseara a una camarera mayor mucho más cercana a sus intereses.

Por otro lado, la duquesa de Terranova tampoco estaba actuando de un modo inteligente si lo que pretendía era mantenerse en su puesto. En primer lugar, no disimulaba su aborrecimiento hacia el nuevo primer ministro: «se déclarait assez souvent ouvertement contre le premier ministre, et en plusieurs occasions elle en avait parlé en des termes qui allaient jusqu'à l'indignité»⁵⁴. Además, parecía estar buscando en los opositores de Medinaceli el modo de sobrevivir a lo que ya se anunciaba en voz baja como una segura caída en desgracia. Pocas semanas antes del nombramiento oficial de Medinaceli como primer ministro, el condestable de Castilla, el otro gran candidato a la privanza, organizó reuniones con distintos miembros de la corte para reforzar sus papeletas como favorito del rey. Y, entre sus aliados, se localizaba también el nombre de la duquesa de Terranova: «Le connestable a formé son parti avec le duc d'Albe, le président de Castille, le confesseur du Roi et la Terranova»⁵⁵. Tiene sentido pensar que Medinaceli estuviese también interesado en librarse de aquella mujer con el objetivo, al igual que otros tantos, de colocar en el cuarto de la reina a una poderosa aliada.

En cuanto a Carlos II, nunca la tuvo en gran consideración, aun cuando la Terranova intentaba congraciarse con él siempre que tenía oportunidad. Es difícil saber a ciencia cierta cuál era la imagen que el rey tenía de aquella mujer, pero nunca fue su opción favorita, sobre todo visto retrospectivamente. Lo que parece más plausible es que, si Carlos finalmente terminó transigiendo en despedir a la Terranova, fue sobre todo por las quejas de su esposa y las presiones veladas que le mostraron su propia madre y el favorito. El problema, como puede suponerse, llegó a la hora de elegir a una nueva camarera mayor.

En abril de 1680, en la corte se sabía ya que se estaban buscando candidatas para sustituirla: «mucha oposición viene de algunas trazas de arriba y de abajo contra la duquesa de Terranova, tirándose por la mala satisfacción que da a quitarla la

⁵² AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 64, f. 268. [Día ilegible] febrero de 1680.

⁵³ AHN, Diversos-Colecciones, 19, n° 22. Carta de María Teresa de Austria a la marquesa de los Balbases, 14 de febrero de 1680.

⁵⁴ Villars, *Mémoires de la Cour*, 169.

⁵⁵ AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 64, f. 257. 31 de enero de 1680.

ocupación de camarera mayor de S.M. de la Reina Reinante»⁵⁶. Ese mismo mes Carlos parecía decantarse hacia una sustituta: la marquesa de los Vélez, su antigua aya. Sin embargo, la realidad era que nadie más quería tomar partido por aquella anciana que había estado siempre presente en la vida del rey. Mariana de Austria tuvo sus enfrentamientos personales con ella mientras estuvo al cuidado y crianza de su hijo, porque la marquesa terminó dejando muy claro su apoyo hacia Juan José de Austria⁵⁷. Por su parte, Medinaceli tampoco tenía intención alguna de permitir que la marquesa de los Vélez se convirtiera en camarera de la reina, y no tanto por ella misma, sino por el hecho de que era tía de uno de los nobles más queridos por Carlos: el conde de Oropesa, quien, según pensaban muchos, no se había convertido en valido porque se negaba a jugar todavía ningún papel protagonista en el escenario político. En efecto, parecía existir un peligro real «de fortificar más el conde de Oropesa al lado del rey mediante la nueva introducción de su tía en Palacio, teniendo el conde mucho lugar en la gracia y buena opinión de S.M.»⁵⁸.

Una opción que seguramente Medinaceli pudo plantearse fue la de colocar a su esposa como camarera mayor, tal y como habían hecho los validos de los reinados anteriores. Esto, como se viene diciendo, no era ninguna novedad, y de hecho casaba perfectamente con la idea que tenía ya el duque de controlar todos los focos de posible oposición, siendo el cuarto de la reina uno de ellos. Sin embargo, parece ser que la propia duquesa de Medinaceli no se mostraba muy predispuesta, según decía, por los achaques que sufría: «La femme du Duc de Medinaceli n'a ni santé ni vue»⁵⁹. En esta época empezaba a perder visión, a lo que seguramente se le sumaban sus reticencias personales a ejercer un puesto de tanta responsabilidad de cara al círculo que rodeaba a su marido en el escenario mismo del poder. Por lo tanto, el asunto continuaba sin resolverse y seguía sin aparecer una candidata que fuese adecuada para todas las partes.

Por el momento, otras cuestiones de alta política terminaron dejando en suspenso todo aquel asunto, aunque la idea de nombrar a una nueva camarera mayor nunca dejó de estar presente entre las partes interesadas. El traslado de los reyes al Buen Retiro durante la primavera —ya que había problemas económicos para sufragar la jornada de Aranjuez— en parte relajó las cosas entre la camarera mayor y su señora, pero se preveía como algo momentáneo. En el cuarto de la reina, el marqués de Villars solía hacer visitas periódicas a María Luisa de Orleans, reuniéndose con ella tres veces por semana, con todo lo que aquello implicaba⁶⁰. A pesar de que el embajador no hizo demasiado hincapié a esta cuestión en sus despachos a París, es posible que en esta época estuviera incentivando en ella un posible acercamiento a la familia de los Haro-

⁵⁶ ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, filze 5065. 25 de abril de 1680.

⁵⁷ Sobre la trayectoria de la marquesa de los Vélez durante la regencia de Mariana de Austria véase Laura Oliván Santaliestra, “La dama, el aya y la camarera: Perfiles políticos de tres mujeres de la Casa de Mariana de Austria”, en *Las relaciones discretas entre las Monarquías Hispánica y Portuguesa: Las Casas de las Reinas (Siglos XV-XIX)*, coord. por José Martínez Millán, María Paula Marçal Lourenço (Madrid: Polifemo, 2007), vol. II, 1301-1355.

⁵⁸ ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, filze 5065. 25 de abril de 1680.

⁵⁹ AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 64, f. 418v. 8 de julio de 1680.

⁶⁰ *Gazette de France*, 1680, n° 37, 211.

Silva a través de la promoción de la duquesa del Infantado⁶¹. Lo importante es que, en cuanto la corte regresó de nuevo al Real Alcázar, la convivencia volvió a complicarse. De hecho, se escuchaban rumores de intrigas por todas partes. Por un lado, el primer ministro vigilaba concienzudamente el cuarto del rey, donde «hay grande conspiración contra el duque y a cara descubierta, siendo el director de ella el conde de Monterrey, con los Silva de la Casa del Infantado, todo el bando de los Haros y otros que los siguen»⁶². Al mismo tiempo, este grupo que se sentía marginado de los principales puestos de poder político intentó, ya sin demasiados disimulos, atraerse a la reina consorte proponiéndole que tuviera en cuenta a la duquesa del Infantado. De modo que ahora no solo la marquesa de los Vélez, por quien Carlos seguía abogando, era tenida en consideración como posible sustituta de la duquesa de Terranova.

Sin embargo, tampoco parecía haber acuerdo en lo que respectaba a esta nueva opción. Si Medinaceli recelaba del posible ascendiente que podría asumir Oropesa con el nombramiento de su tía, mayor era el rechazo que le producía la idea de ver el cuarto de la reina gobernado por la duquesa del Infantado, que estaba firmemente respaldada por su hijo, Pastrana, y por los hermanos de su nuera, los Haro. En cuanto a la reina madre, una vez más, no perdonaba a aquella familia, y por supuesto tampoco a la duquesa, el apoyo que habían brindado a don Juan, conspirando contra ella mientras fue regente de la monarquía⁶³. Por lo tanto, la defensa que María Luisa empezó a hacer de la candidatura de la del Infantado durante el verano de 1680 pareció no llegar a ninguna parte, convirtiéndose la elección de una nueva camarera mayor en un asunto problemático que no presentaba una solución rápida.

En agosto el dilema de la nueva camarera experimentó algunos cambios, especialmente porque el número de candidatas potenciales terminó reduciéndose. La marquesa de los Vélez finalmente decidió retirarse del tablero de juego, «no queriendo descomponer el conde de Oropesa, su sobrino, con el primer ministro»⁶⁴. En cuanto a la duquesa del Infantado, que continuaba recibiendo el apoyo de la joven reina, de su hijo, de Monterrey, y en la sombra del embajador de Francia, tenía muy pocas oportunidades de convertirse en camarera mayor, teniendo en cuenta que el primer ministro y la reina madre coincidían, cada uno por sus propias razones, en vetar su entrada en el cuarto de la reina⁶⁵. En este momento, algunos Grandes intentaron aprovechar la ocasión para proponer a sus propias candidatas al puesto de camarera mayor, pero tampoco tuvieron éxito: «La duquesa de Alba viuda, la de Béjar y otras tienen muchas exclusiones por razones y pasiones particulares»⁶⁶. De ese modo, la única opción viable era encontrar a una candidata que, si bien no fuese la primera opción, representaría un mal menor en los intereses de todas las partes en conflicto. Fue aquí donde apareció la duquesa de Alburquerque.

⁶¹ Ezequiel Borgognoni, “Marie Gigault de Bellefonds, ambassadress of France. Gender, power and diplomacy at the court of Charles II of Spain, 1679-1681”, *Libros de la Corte*, 20 (2020): 7-30, 20.

⁶² ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, filze 5065. 28 de julio de 1680.

⁶³ Maura, *Vida y reinado de Carlos II*, 281.

⁶⁴ ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, filze 5065. 15 de agosto de 1680.

⁶⁵ Oliván Santaliestra, “Mariana de Austria en la encrucijada”, 411.

⁶⁶ ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, filze 5065. 15 de agosto de 1680.

EL CUARTO DE LA REINA BAJO CONTROL: ESPEJISMOS DE UN PARTIDO FRANCÉS

Juana de Armendáriz, duquesa viuda de Alburquerque, era una mujer que se había ido labrando su camino en el teatro cortesano, siendo primero menina de la reina Isabel de Borbón⁶⁷. De hecho, había sabido sobreponerse a los vertiginosos cambios políticos que se estaban sucediendo, hasta el punto de que, a principios de 1680, parecía no estar en el punto de mira de ninguno de los grandes peones que se movían en aquel tablero de ajedrez político que representaba la corte de Madrid. Después de que su esposo fuese nombrado mayordomo mayor de la recién estrenada casa de Carlos II en 1674⁶⁸, la duquesa reforzó todavía más sus lazos de amistad con la reina madre, mostrándose leal y partidaria a su causa durante los tiempos más convulsos de la regencia. Todo lo anterior explica que Mariana de Austria terminase presentando su candidatura como camarera mayor de María Luisa. Sin embargo, como puede suponerse, la defensa única de la reina madre en aquel juego de intereses cruzados no hubiese sido suficiente para decantar la balanza en su favor. De hecho, y aquí está la clave de su potencial nombramiento, la duquesa de Alburquerque contaba también con el beneplácito de Medinaceli.

Cuando el primer ministro propuso a Carlos II que se hiciera extensible la cifra de nuevos consejeros de Estado a tres nombres más, el del duque de Alburquerque, yerno de la duquesa viuda, estaba también entre ellos. Tiene sentido pensar que el favorito del rey viera dos grandes ventajas a la hora de aceptarla como camarera mayor: por un lado, y a diferencia de la duquesa de Terranova, esta mujer parecía mucho más capaz de amoldarse a los intereses que Medinaceli tenía en el cuarto de la reina, manteniéndose no solo al margen del ambiente de conspiraciones que ya empezaban a urdirse contra el favorito, sino también, y llegado el momento, actuando según sus intereses. Por otro lado, la Alburquerque representaba también un punto de unión política con la reina madre, a quien Medinaceli intentaba ganarse desde que inició sus días de gobierno en febrero de 1680. Sobre todo, después de conocer que algunos grupos de poder, como los Haro-Silva, se estaban acercando demasiado a la joven consorte. En julio, la reina madre y Medinaceli hicieron un frente común para que fuese nombrada la duquesa de Alburquerque⁶⁹ y, a principios de agosto, tras la salida de escena de la marquesa de los Vélez, presentaron la propuesta al rey⁷⁰.

El problema era que a Carlos no le hacía demasiada gracia esta idea, por razones que no quedan demasiado claras en la documentación. De hecho, Medinaceli tuvo que sobreponerse a las reticencias del rey para conseguir que se hiciera con el puesto: «habiendo sido también el primer ministro el hacer mucho esfuerzo para haber subrogado la duquesa de Alburquerque en cuya persona se ofrecían algunas nulidades, las cuales ha debido vencer el duque»⁷¹. El propio Carlos fue finalmente consciente, sobre todo después de haber hablado con su favorito y con su madre, de que la duquesa

⁶⁷ Borgognoni, “The Royal Household of Marie-Louise”, 175.

⁶⁸ Mitchell, *Queen, Mother and Stateswoman*, 166.

⁶⁹ AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 64, f. 418v. 8 de julio de 1680.

⁷⁰ Villars, *Mémoires de la Cour*, 206.

⁷¹ ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, filze 5065. 29 de agosto de 1680.

de Albuquerque, pese a sus reticencias personales hacia ella, era el menor de los males en aquella disputa que llevaba dilatándose desde la primavera anterior. Ahora solo tocaba hacer efectivo el cese de la Terranova, lo cual carecía de precedentes recientes y debía ser tratado con extremo cuidado, tratándose, a fin de cuentas, de una mujer de elevada estirpe y miembro de una poderosa familia⁷².

A finales de agosto de 1680 se hizo oficial el despido de la camarera mayor⁷³. El primer ministro visitó personalmente a la duquesa y le hizo una proposición muy suculenta para compensar los desplantes sufridos: por lo pronto, se le respetaron y mantuvieron los gajes que ya disfrutaba, al margen del puesto que ocupara en el futuro⁷⁴. Además, Medinaceli le ofreció el toisón de oro para el duque de Monteleón y un virreinato para el duque de Híjar, sus yernos⁷⁵. Se planteó también la idea de que la Terranova fuese incorporada a la casa de la reina madre como su camarera mayor. Sin embargo, el cargo estaba ya ocupado por doña Elvira Ponce de León, marquesa de Valdueza. Por lo tanto, quedaría en reserva hasta que la actual camarera dimitiera o simplemente muriese. Curiosamente, la duquesa de Terranova solo iba a disfrutar del puesto de camarera mayor de Mariana de Austria durante unos meses, accediendo en octubre de 1691 y falleciendo en mayo del año siguiente⁷⁶. Lo importante es que, a partir de ese momento, la duquesa de Terranova se trasladó al palacio de Uceda, donde residía oficialmente la reina madre, mientras que la duquesa de Albuquerque iniciaba sus días como camarera mayor de María Luisa de Orleans con un precedente que jugaba en su contra, quedando advertida de que la posibilidad de ser sustituida no era ya algo imposible.

Desde el primer momento, la duquesa de Albuquerque supo jugar con bastante destreza al triple juego que se le había puesto sobre la mesa a la hora de aceptar el cargo. En primer lugar, rompió de bruces con la rigidez diseñada por su predecesora, permitiendo que fuera María Luisa la que pautara el ritmo que debía seguirse⁷⁷. No puso objeciones a que la reina se levantara más tarde, cerró los ojos ante las —decían en la corte— llanezas que supuestamente había traído de Francia y tampoco se opuso a las excursiones a caballo que María Luisa disfrutaba organizando en Aranjuez, para suplicio de sus damas. En palabras de la marquesa de Villars, «l'air du palais est déjà tout autre, et le roi aussi. Sa majesté a permis à la reine de ne se coucher plus qu'à dix heures et demie, et de monter à cheval quand elle voudra, quoique cela soit entièrement contre l'usage⁷⁸». Intentando ganarse su favor, Albuquerque simplemente se aclimatava dócilmente, como una especie de cautiva en una prisión donde la única llave estaba en manos de la reina. De hecho, tan solo dos meses después de producirse el cambio de

⁷² Cabe señalar como precedente el despido de la duquesa de Gandía en 1599, orquestado por el nuevo favorito de Felipe III, duque de Lerma, para colocar en el cuarto de la reina a su propia esposa, doña Catalina de la Cerda, como camarera mayor. López-Cordón Cortezo, “Entre damas anda el juego”, 146.

⁷³ AGP, Personal, Caja 143, ex. 12. Expediente de Juana de Armendáriz, duquesa de Albuquerque.

⁷⁴ AGP, Personal, Caja 109, ex. 29. Expediente de Juana de Aragón, duquesa de Terranova.

⁷⁵ AAV, Segreteria di Stato, Spagna, sig. 155, f. 1017v. 29 de agosto de 1680.

⁷⁶ Borgognoni, “The Royal Household of Marie-Louise”, 175.

⁷⁷ López-Cordón Cortezo, “Las mujeres en la vida de Carlos II”, 124.

⁷⁸ Bellefonds de Villars, *Lettres de Madame de Villars*, 98.

camarera mayor, Carlos y María Luisa protagonizaron una fuerte discusión, después de que el primero le recriminara la actitud que esta había tomado en su cuarto, y de la que el rey estaba siendo puntualmente informado: «entre SS.MM. se llegó a algunos sinsabores, no acomodándose el Rey al trato llano de la Reina, [...] y sale bien [María Luisa] de los lances domésticos, manteniendo sus dictámenes y tomando predomios y autoridad adonde quiere y la aconsejan»⁷⁹.

Al mismo tiempo, Alburquerque mantuvo informada a Mariana de Austria de cuanto ocurría en la cámara mediante una dilatada correspondencia que iba a postergarse durante los años siguientes. A lo largo de 1681, la reina madre recibió numerosas noticias, especialmente sobre cuestiones de tanta importancia como los retrasos menstruales de su nuera⁸⁰, así como la salud de los reyes: «Duquesa, te estimo mucho el cuidado que tienes de participarme las noticias de la salud de mis hijos y cuan divertidos lo pasan en ese Sitio, de lo cual me huelgo mucho y que hasta ahora sea el tiempo tan favorable»⁸¹. Y, como no podía ser de otro modo, intentó mantenerse en todo momento al margen de las conspiraciones que ya empezaban a urdirse en la corte, y que se habían infiltrado en el cuarto de la reina. A fin de cuentas, Alburquerque era muy consciente de que necesitaba tener a todas las partes contentas, lo que incluía también al duque de Medinaceli, quien iba apoderándose de los principales espacios de poder y estaba neutralizando también cualquier tipo de oposición mediante distintas tácticas que ya se han mencionado anteriormente⁸². De hecho, pronto tuvo que reforzar su sombra dentro de la cámara de María Luisa de Orleans, sobre todo después de que los Haro-Silva, que habían intentado introducir a la duquesa del Infantado como camarera mayor, estuvieran ahora planteando a la reina la idea de catapultar al conde de Monterrey como un posible futuro válido de Carlos II.

Todo indica que el despido de la Terranova fue interpretado por muchos como un triunfo personal de María Luisa, aunque pueda verse perfectamente que ella había sido solamente uno de los pilares en todo aquel asunto. De hecho, esta panorámica de una reina consorte que había conseguido, por primera vez, librarse de una camarera mayor que no jugaba según sus reglas aparece también en la correspondencia de los embajadores e inevitablemente ha llegado hasta nosotros retransmitida por algunos sectores de la historiografía⁸³: «L'uscita della S. Duchessa di Terranova da Palazzo ha fatto chiaramente a supporre gran predominio et autorità della Regina sposa sopra lo spirito e volontà del Re»⁸⁴. Lo importante es que María Luisa se vio a sí misma reforzada, apoyada por el embajador francés y, ahora también, por la familia de los Haro-Silva. De ese modo, poco después de que la duquesa de Alburquerque empezase a asumir sus nuevas funciones, el cuarto de la reina se unió abiertamente a las tentativas conspirativas que ya se estaban urdiendo en el del rey, donde Monterrey, en su papel

⁷⁹ ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, filze 5065. 7 de noviembre de 1680.

⁸⁰ Véase Francisco José García Pérez, “La maternidad de las reinas consortes bajo control: el caso de María Luisa de Orleans”, *Avisos de Viena*, 2 (2021): 44-50.

⁸¹ AHN, Diversos-colecciones, 19, 1766, carta de Mariana de Austria a la duquesa de Alburquerque, 4 de abril de 1681.

⁸² García Pérez, “La influencia francesa en el entorno”, 233.

⁸³ López-Cordón Cortezo, “Entre damas anda el juego”, 148.

⁸⁴ BBM, Fondo Savo Millini, vol. 5/2, f. 25v.

de gentilhombre, se atraía cada día a nuevos descontentos con el gobierno de Medinaceli. De hecho, el primer ministro intentó valerse del embajador francés para intentar alejar a la reina de los complots y «des cabaes que se forment contre lui pour que la Reine en fut informée s'assurant qu'elle lui sera toujours favorable»⁸⁵.

Mientras se preparaba la jornada otoñal a El Escorial, María Luisa se mostraba cada día más contraria con el favorito de su esposo, a la vez que marcaba distancias con la reina madre, sobre todo después de que esta hubiera vetado su idea de introducir a la duquesa del Infantado en el cuarto⁸⁶. De hecho, se hablaba ya de que se estaba formando un auténtico partido que pretendía sobreponerse no solo a la influencia que la reina madre ejercía sobre el rey, sino también destruir al favorito: «si è già procurato di seminare differenze tra le due regine, andandosi in tanto formando un partito non bene intenzionato contro la madre»⁸⁷. El embajador Villars solía reunirse en secreto con algunos de los opositores de Medinaceli con la excusa, según dijo a París, de que podía estar mejor informado de todo lo que ocurría en la corte: «J'ai souvent des entretiens de nuit avec les principaux ministres. Je vois bien, Sire, que ce n'est que pour leur intérêt, mais je sortirais de leur commerce si je n'avais la complaisance pour eux de les voir et d'entrer en apparence dans leurs affaires»⁸⁸. Entre los nobles con los que solía entrevistarse con mayor frecuencia estaba Monterrey.

Finalmente, en diciembre de 1680, habiendo regresado la corte a Madrid para pasar las navidades en el Real Alcázar, aquella conspiración que se estaba urdiendo en el cuarto de la reina se llevó a un punto de no retorno. El marqués de Villars había potenciado a los ojos de María Luisa la imagen de Monterrey como, no solo un perfecto favorito, sino también un poderoso aliado para las aspiraciones políticas de la reina, que intentaba asumir mayores cotas de influencia en el escenario del poder: «La Reina reinante se halla persuadida de no tener bastante subordinación en el señor duque primer ministro y lo siente, pues ya desea tener mano y autoridad»⁸⁹. En sus memorias, Villars lo describía del siguiente modo: «le comte de Monterey avoit de l'esprit, de l'ambition et quoi qu'il n'eut que quarante ans, il s'était trouvé chargé des plus grandes affaires qu'aucun espagnol de son rang»⁹⁰. Por su parte, otros nobles empezaron a unirse a aquella conspiración, demostrando lo maleables que podían ser los miembros de la corte llegado el momento. El almirante de Castilla, que tan leal se había mostrado a doña Mariana, se acercó descaradamente al bando de María Luisa y Monterrey. De hecho, hizo llegar al marqués de Villars propuestas claras de adhesión a los intereses de la reina: «l'almirante de Castille m'a vu deux fois de sa part. Elle veut

⁸⁵ AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 64, f. 471v. 4 de octubre de 1680.

⁸⁶ En esta época, María Luisa de Orleans y Medinaceli tuvieron sus primeras diferencias, concretamente por el escándalo matrimonial que protagonizaban María Mancini y el condestable Colonna. Véase M.^a Ángeles Sobaler Seco, "Las memorias de Maria Mancini: estrategias y alianzas de una mujer en la Corte de Carlos II", *Tiempos Modernos: revista electrónica de Historia Moderna*, 33/2 (2016). <http://www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/article/view/445/661>

⁸⁷ BBM, Fondo Savo Millini, vol. 5/2, f. 25v.

⁸⁸ AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 64, f. 510v. 14 de noviembre de 1680.

⁸⁹ ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, filze 5065. 22 de noviembre de 1680.

⁹⁰ Villars, *Memoirs de la Cour*, 250.

demeurer unie avec la Reine d'Espagne»⁹¹. El problema era que Medinaceli estaba ya enterado de los planes que se urdían a sus espaldas. De hecho, en enero de 1681 actuó lo más rápido posible para detener aquella conspiración tan mal organizada, y que se sustentaba, principalmente, en la supuesta influencia que María Luisa ejercía en su esposo. Una influencia más limitada de lo que en un principio parecía, y que muchos habían exagerado precisamente por todo el asunto de la camarera mayor.

Por lo pronto, Carlos II llamó al almirante y tuvo una conferencia privada con él. Nadie supo realmente de lo que hablaron, pero se sospechaba que el rey había sido advertido por Medinaceli de «su estrecha comunicación con el embajador de Francia, sobre el cual cargo se disculpó el almirante con franqueza»⁹². Todo indica que el almirante fue la primera pieza de aquella improvisada conjura en venirse abajo, teniendo en cuenta que lo que mejor que se le daba era ir danzando entre los distintos grupos en función de sus propios intereses. A continuación, Medinaceli formó una junta secreta en la que se debatió ampliamente sobre la implicación directa de los Haro-Silva, en especial el conde de Monterrey, su cuñado el duque de Pastrana y, por extensión, el lejano marqués del Carpio. Finalmente, Monterrey fue desterrado de palacio y todos los embajadores terminaron conociendo de primera mano lo que había ocurrido en las semanas anteriores «per essersi scoperti et sospettati alcuni trattati e negoziati del signor conte di Monterrey che si dice aspirasse con il favore della Regina regnante e confidenza dell'ambasciatore di Francia al vallimento»⁹³.

A partir de ese momento, y durante todo el año de 1681, un Medinaceli consolidado ya como primer ministro de Carlos II, terminó de hacerse con el control del cuarto de la reina. En primer lugar, consiguió convencer al rey sobre lo pernicioso que era la influencia que habían ejercido los Villars en la reina, de modo que para junio de ese año Carlos ordenó al embajador de Francia que abandonara la corte. La marquesa de Villars tenía claro que «le premier ministre a fait négocier notre retour en France par l'ambassadeur d'Espagne qui est à Paris, le roi leur maître n'en a rien sçu; car le jour qu'on en eut ici la nouvelle, il parut fort étonné quand on la lui apprit»⁹⁴. Algunos meses después, Medinaceli y el confesor real convencerían a Carlos de que restituyera la estricta etiqueta de Felipe IV, que pautaba la vida separada de los reyes, terminando así con las comidas y cenas diarias que la pareja real compartía desde que se casaron⁹⁵. Además, el primer ministro vigiló de cerca el nombramiento de nuevas damas para la reina, intentando vetar la posibilidad de que entraran parientes de sus principales opositores políticos. Precisamente lo que ocurrió con las dos hijas del duque de Osuna, que tuvieron que esperar hasta 1683 para hacerse un hueco en la cámara, pese a las reticencias de un Medinaceli que empezaba, poco a poco, a perder peso político⁹⁶.

⁹¹ AMAE, Correspondance Politique, Espagne, vol. 64, f. 530v. 26 de diciembre de 1680.

⁹² ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, filze 5065. 16 de enero de 1681.

⁹³ AAV, Descifrati Nunzio alla Segretaria, Spagna, sig. 158, f. 56. 1 de enero de 1681.

⁹⁴ Bellefonds de Villars, *Lettres de Madame*, 168.

⁹⁵ García Pérez, “La influencia francesa en el entorno”, 234.

⁹⁶ Arturo Echavarrén, “La copa de la discordia. Un ciclo de poesía satírica en la corte de Carlos II”, *Boletín de la Real Academia Española*, 98 (2018): 69-112.

A pesar de todo lo anterior, aquellas medidas, en especial la forzada partida de los Villars de vuelta a Francia, no terminarían nunca de atajar los problemas que el cuarto de la reina ocasionaba a Medinaceli. «La Reina reinante no se acomoda con los estilos y las costumbres de estas tierras y menos con las formalidades de este real Palacio, [...] y dentro del cuarto de la Reina se ha llegado a cosas indecentes que tocan desprecio de esta princesa»⁹⁷. Lo único claro es que, visto en retrospectiva, la duquesa de Alburquerque sí supo ganarse el favor de María Luisa, mantuvo intacta su amistad con la reina madre y, llegado el momento, intentaría ayudar a Medinaceli en su más que segura caída en desgracia.

CONCLUSIONES

En líneas generales, el cargo de camarera mayor, pese a su componente principalmente doméstico, se reservaba un papel importantísimo en los distintos espacios de poder del Real Alcázar. En este sentido, una primera conclusión que debe resaltarse es que el despido de la duquesa de Terranova respondió desde el principio a los intereses de los distintos grupos de poder que convivían durante aquella primavera de 1680, y no solamente a las preferencias personales que mostraba María Luisa de Orleans. De hecho, si la duquesa de Terranova tardó tanto en ser sustituida fue, precisamente, porque no se llegaba a ningún acuerdo para elegir a una sustituta. Algo que es importante, y que nos enseña perfectamente cómo funcionaba el equilibrio de poderes a inicios de la década de los ochenta.

A diferencia de épocas anteriores, en que un valido se había atribuido personalmente la elección de la camarera mayor aun a costa de lo que tuviera que decir la propia soberana, Medinaceli no se veía capaz de imponer su voluntad en el cuarto de la reina. De hecho, tuvo que establecer alianzas con la reina madre, un satélite en la vida del rey totalmente desconocido en los reinados anteriores. Por lo tanto, el asunto del despido de la Terranova no solo nos muestra a la perfección los intereses políticos que se tenían en controlar aquel cargo doméstico, sino también la realidad que se estaba experimentando, con un rey que actuaba, en parte, motivado por los empujones que le daban todos lo que ocupaban un lugar privilegiado a su alrededor: ya fuesen su esposa, su madre, el favorito o alguno de los nobles más próximos a él.

Otra conclusión importante es que María Luisa de Orleans tuvo serias dificultades para adaptarse a la etiqueta palaciega, o por lo menos su caso se hizo más evidente que con reinas de épocas anteriores. Esto se explica, en parte, por la relación inusual que tenía con el propio Carlos, aprovechando aquel amor adolescente en su beneficio para obtener ciertas ventajas en su vida diaria. De hecho, inauguró un precedente desconocido hasta entonces, como era el nombramiento de una camarera mayor que se plegó perfectamente a sus intereses y exigencias personales. Sin embargo, este amor del rey, por lo menos durante los primeros meses de nuevo matrimonio, fue limitado. Y esto se deja ver perfectamente en el nombramiento de una nueva camarera mayor. Todo indica que, desde un principio, María Luisa quiso ver el despido de la Terranova como un triunfo personal que reforzaba su posición en la corte, algo que la

⁹⁷ ASF, Mediceo, Lettere di diversi dalla Spagna e dal Portogallo, filze 5065. 13 de febrero de 1681.

llevó a ser imprudente y aliarse con los Haro-Silva para imponer al conde de Monterrey como valido de Carlos. Fue ahí donde la joven reina falló políticamente y pudo ver, por lo menos de forma temporal, que su influencia real no solo era limitada, sino que había otros satélites en la vida del rey con mucha más experiencia en el ejercicio de poder, y que iban a vigilar cualquiera de sus actuaciones.

La elección de una nueva camarera mayor no podría calificarse ni siquiera de un regalo que las partes en conflicto hicieron a la consorte, puesto que ninguna de ellas miró primeramente por sus preferencias, sino, más bien, hacia sus propios intereses personales. El duque de Medinaceli pretendía eliminar del cuarto a una pieza que no solo no podía controlar, sino que se mostraba totalmente subversiva y colaboraba con sus opositores políticos. La reina madre no veía con buenos ojos la permanencia de una antigua aliada de don Juan. Y, en cuanto a Carlos, nunca había mostrado una preferencia personal por ella, o por lo menos eso se deduce por la facilidad con que aceptó su sustitución para nombrar a otra camarera mucho más próxima a él, como era la marquesa de los Vélez.

En definitiva, si algo no ofrece demasiadas dudas es que todo el asunto de la caída de la duquesa de Terranova respondió a unos intereses políticos concretos, demostrando, una vez más, que todos y cada uno de los principales cargos de gobierno doméstico de palacio giraban en torno a las estrategias políticas y ambiciones de los grupos de poder que se movían en los corredores del Real Alcázar.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio. “Precedencia ceremonial y dirección del gobierno. El ascenso ministerial de Fernando de Valenzuela en la corte de Carlos II”. En *Vísperas de Sucesión: Europa y la Monarquía de Carlos II*, editado por Bernardo J. García García y Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño (Madrid: Fundación Carlos de Amberes, 2015), 21-55.
- Aulnoy, comtesse d'. *La cour et la ville de Madrid vers la fin du XVIIe siècle. Relation du voyage d'Espagne* (Paris: Imp. E. Plon et compagnie).
- Borgognoni, Ezequiel. “The Royal Household of Marie-Louise of Orleans, 1679–1689: The Struggle over Executive Offices”. *The Court Historian*, 23/2 (2018): 166-181. <https://doi.org/10.1080/14629712.2018.1539449>
- , “La construcción de la imagen regia de María Luisa de Orleans”. *Studia Historica. Historia Moderna*, 41/1 (2019): 353-377. <https://doi.org/10.14201/shhmo2019411353377>
- , “Marie Gigault de Bellefonds, ambassadress of France. Gender, power and diplomacy at the court of Charles II of Spain 1679-1681”, *Libros de la Corte*, 20 (2020): 7-30. <https://doi.org/10.15366/lde2020.12.20.001>
- Carrasco Martínez, Adolfo. “Los Grandes, el poder y la cultura política de la nobleza en el reinado de Carlos II”. *Studia Historica. Historia Moderna*, 20 (1999): 77-136.
- Dunlop, John. *Memoirs of Spain during the reigns of Philip IV and Charles II. From 1621 to 1700. Vol. II* (Edinburgh: Thomas Clark, 1934).
- Echavarren, Arturo. “El caso de la Cantina. Un escándalo palaciego en el Madrid de Carlos II”. *Cuadernos de Historia Moderna*, 40 (2015): 125-152. https://doi.org/10.5209/rev_CHMO.2015.v40.49165
- , “La copa de la discordia. Un ciclo de poesía satírica en la corte de Carlos II”, *Boletín de la Real Academia Española*, 98 (2018): 69-112.
- Fernández-Santos Ortiz-Iribas, Jorge. “«No minorar la memoria de mis pasados». Apuntes para una biografía política de Gaspar de Haro y Guzmán, marqués del Carpio”. *Cuadernos de Historia Moderna*, 45/2 (2020): 689-715. <https://doi.org/10.5209/chmo.72548>
- Franganillo Álvarez, Alejandra. *A la sombra de la reina. Poder, patronazgo y servicio en la corte de la Monarquía Hispánica (1615-1644)* (Madrid: CSIC, 2020).

- García Pérez, Francisco José. “La imagen del ministro-favorito en el púlpito regio durante el reinado de Carlos II”, *Tiempos Modernos: revista electrónica de Historia Moderna*, 9/37 (2018). <http://www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/article/view/4190/784>.
- , “La influencia francesa en el entorno de María Luisa de Orleáns, 1679-1689: los cocineros de la reina”. *Obradoiro de Historia Moderna*, 29 (2020): 223-248. <https://doi.org/10.15304/ohm.29.6246>
- , “La maternidad de las reinas consortes bajo control: el caso de María Luisa de Orleans”. *Avisos de Viena*, 2 (2021): 44-50.
- García Prieto, Elisa. “«Donde ay damas, ay amores». Relaciones ilícitas en la corte de Felipe II: el caso de don Gonzalo Chacón y doña Luisa de Castro”. *Studia Historica. Historia Moderna*, 37 (2015): 153-181. <https://doi.org/10.14201/shhmo201537153181>
- Gay, Sophie. *Histoire de Marie-Louise d'Orléans* (Paris: Dumont editeur, 1842).
- Lobato, María Luisa. “Miradas de mujer: María Luisa de Orleans, esposa de Carlos II, vista por la Marquesa de Villars (1679-1689)”. En *Teatro y poder en la época de Carlos II: Fiestas en torno a reyes y virreyes*, coordinado por Judith Farré Vidal (Madrid: Iberoamericana, 2007), 13-43.
- López-Cordón Cortezo, M.^a Victoria. “Entre damas anda el juego: las camareras mayores de Palacio en la edad moderna”. *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, 2 (2003): 123-152.
- , “Las mujeres en la vida de Carlos II”. En *Carlos II. El rey y su entorno cortesano*, coordinado por Luis Ribot (Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica, 2009), 109-140
- Lurgo, Elisabetta. *Philippe d'Orléans: Frère de Louis XIV* (Paris: Perrin Éditions, 2018).
- , *Marie-Louise d'Orléans: La princesse oubliée, nièce de Louis XIV* (Paris: Perrin Éditions, 2021).
- Martínez López, Rocío. “«Con la esperanza de un sucesor». El uso político de la fertilidad en las negociaciones matrimoniales de los Habsburgo durante la segunda mitad del siglo XVII”. *Hipogrifo: Revista de literatura y cultura del Siglo de Oro*, vol. 9/1 (2021): 797-822. <https://doi.org/10.13035/H.2021.09.01.45>
- Maura, Duque de. *María Luisa de Orleans, reina de España. Leyenda e historia* (Madrid: Saturnino Calleja, 1946).

- , *Vida y reinado de Carlos II* (Madrid: Aguilar, 1990).
- Mitchell, Silvia Z. *Queen, Mother and Stateswoman: Mariana of Austria and the Government of Spain* (Pennsylvania: Pennsylvania State University Press, 2019).
- Oliván Santaliestra, Laura. “Mariana de Austria en la encrucijada política del siglo XVII”. (Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2006).
- , “La dama, el aya y la camarera: Perfiles políticos de tres mujeres de la Casa de Mariana de Austria”. En *Las relaciones discretas entre las Monarquías Hispánica y Portuguesa: Las Casas de las Reinas (Siglos XV-XIX)*, coordinado por José Martínez Millán, María Paula Marçal Lourenço (Madrid: Polifemo, 2007), vol. II, 1301-1355.
- Pérez Martín, María Jesús. *Margarita de Austria, reina de España* (Madrid: Espasa-Calpe, 1961).
- Pfandl, Ludwig. *Carlos II* (Madrid: Afrosio Aguado, 1947).
- Riva, Elena (ed.), *La politica charmante Società di corte e figure femminili nelle età di transizione*, (Cheiron, 1, 2017).
- Sánchez, Magdalena S., *The Empress, the Queen and the Nun: Women and Power at the Court of Philip III of Spain* (Baltimore: The John Hopkins University Press, 1998).
- Sánchez García de la Cruz, Juan. “El VIII duque de Medinaceli: ascenso al ministerio y aproximación a sus redes de poder”. En *La nobleza titulada castellana en la conservación del imperio español en tiempos de Carlos II*, editado por Porfirio Sanz Camañes (Madrid: Sílex, 2023), 33-54.
- Simón Palmer, Carmen. “El silencio en la Casa de la Reina”. *Lectora: revista de dones i textualitat*, 13 (2007): 45-60.
- Sobaler Seco, M.ª Ángeles. “Las memorias de Maria Mancini: estrategias y alianzas de una mujer en la Corte de Carlos II”. *Tiempos Modernos: revista electrónica de Historia Moderna*, 33/2 (2016). <http://www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/article/view/445/661>
- Sternberg, Giora. *Status interaction during the reign of Louis XIV* (Oxford: University of Oxford, 2014).
- Vázquez Gestal, Pablo. “La majestad de los sentidos. Teatro, imágenes y performance en la corte de Carlos II”, *Criticón* [En línea], 140 (2020), <http://journals.openedition.org/criticon/18006> (consultado el 13 de abril de 2023).

Villars, Marie Girault de Bellefonds de. *Lettres de Madame de Villars, de Coulanges, et de la Fayette, de ninon de l'enclos, et de Mademoiselle Aissé* (Paris : imp. Léopold Collin, 1895).

Villars, Marquis de. *Mémoires de la Cour d'Espagne sous le règne de Charles II (1678-1682)* (New York : Lennox Library, 2016).

Recibido: 28 de mayo de 2022

Aceptado: 7 de marzo de 2023